

Historia regional: Tres senderos y un mal camino*¹

Juan Pedro Viqueira
CIESAS-Sureste

Afortunadamente ya han quedado atrás los tiempos en que había que defender a la historia regional. Ya no es necesario demostrar que la historia de México no se reduce a los acontecimientos políticos que ocupaban a reducidos grupos de la capital. Tampoco se requiere probar que las grandes conmociones de nuestro pasado: la invención de la agricultura, la creación de sistemas de regadío cada vez más complejos, la expansión y contracción de las diversas culturas mesoamericanas, la invasión española, la brutal caída demográfica del siglo XVI, la reconstitución de un tejido social y económico en el XVII, las políticas ilustradas de los Borbones, el mestizaje cultural y las rebeliones indias decimonónicas, la desamortización de los bienes comunales y de la Iglesia, la introducción del ferrocarril, la violencia revolucionaria y la hambruna de 1917, la guerra de los cristeros, el reparto agrario y la consolidación de un estado nacional corporativo, tuvieron ritmos e intensidades variables y afectaron de maneras muy disímolas a

* Publicado originalmente en *Secuencia*, 25, (Revista del Instituto Mora), Enero-Abril 1993, pp. 123-137.

¹ Una primera versión de este trabajo se presentó en la reunión "Historia regional: Retos y posibilidades" que tuvo lugar en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, del 9 al 11 de diciembre de 1992, bajo los auspicios del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social del Sureste (CIESAS-Sureste) y del Instituto Chiapaneco de Cultura (ICHC).

las regiones que componen el país, dando lugar a realidades fuertemente contrastadas que sin duda se acentuarán aún más con los cambios que se avecinan.

Por el contrario, desde la aparición en 1968 del libro pionero de Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*², que dio sus cartas de nobleza al género, la historia regional, en sus mil modalidades, se ha desarrollado vigorosamente en México y los estudios de temas regionales han proliferado. Claro está que en la historiografía como en los individuos existen enfermedades del crecimiento. No todos los frutos de esta multiplicación de historias regionales son igualmente dulces. Algunos estudiosos metidos a lo regional repiten las malas andanzas de la historiografía nacional decimonónica y piensan que el objetivo de sus investigaciones es o bien promover a los héroes locales o bien escribir la historia de "lo que de hecho sucedió" en algún pueblo, municipio, región o estado de su elección. A los coleccionistas de hechos pasados que trabajan con espíritu de entomólogos, hay que recodarles aquel consejo de Jesucristo a su discípulo: "Deja que los muertos entierren a sus muertos".³

La historia, para ser algo más que un disecar cadáveres para luego exponerlos en vitrinas, necesita que sean los requerimientos del presente los que alumbren el pasado⁴ en busca de puntos de comparación que nos revelen la historicidad de nuestras formas de organización económica, social y política, de

² México, El Colegio de México. Desde entonces Luis González no ha dejado de impulsar los estudios microhistóricos y regionales a través de sus "invitaciones a la microhistoria" (*Invitación a la microhistoria*, México, SEP-Setentas, 1973 y *Nueva invitación a la microhistoria*, México, SEP/80 / FCE, 1982), de sus estudios de historia local y regional (*Michoacán*, México, FONAPAS, 1980; *La querencia*, México, SEP Michoacán, 1982; *Zamora*, El Colegio de Michoacán / CONACYT, 1984) y a través de El Colegio de Michoacán, institución de la que fue director fundador y que desde 1979 organiza anualmente un coloquio de historia y antropología regionales.

³ "Evangelio según San Mateo" 8-22 y "Evangelio según San Lucas" 9-60, *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975.

⁴ Ver al respecto Benedetto Croce, "Lo que convierte en historia a un libro de historia", *La historia como hazaña de la libertad*, México, FCE, 1979, pp. 7-52.

nuestras creencias, comportamientos y afectos. La historia, partiendo del presente, debe arrancar a los hombres de éste, provocar en ellos aquel distanciamiento creador que permite sopesar nuestros valores e imaginar un futuro que no sea una simple y mecánica proyección del mundo actual. Debe ayudar a sus escribas y a sus lectores a sostener la mirada ante nuestro mundo convulsionado, a comprender lo que está en juego en él, a descubrir los peligros que nos acechan, difundiendo las experiencias, a veces creativas, a veces monstruosas, de los hombres de otros tiempos y de otros lares. Debe incitar a la cordura ante los discursos incendiarios de los cambiantes fanatismos del siglo. Debe buscar un norte, argumentar valores, sopesando sus consecuencias en situaciones históricas concretas.

Por lo tanto, la historia —la regional y las otras— no puede prescindir de teorías que polemiquen entre sí, de problemas de investigación, y de preguntas que recojan las inquietudes sociales y morales de los hombres de hoy.

Por ello los historiadores de vez en cuando tenemos que darnos el tiempo de reflexionar sobre nuestro quehacer, de detenernos para contemplar el camino andado, valorar lo alcanzado, titubear ante las encrucijadas que van surgiendo a su paso, e invitar a las nuevas generaciones a sumarse a la aventura de abrir brechas hacia el pasado desde las cuales nos arriesguemos a intuir e inventar el futuro.

Para los interesados en iniciar el viaje, me propongo aquí señalar tres senderos de la historia regional, desbrozados por los pasos de los que nos han precedido, y advertir sobre los peligros de un camino que puede tentar a algunos transeúntes despistados.

Ahora bien, antes de internarse por cualquier camino, todo viajero, por neófito que sea, intuye que es conveniente proveerse de brújula, sextante y mapas, y

recoger los consejos de quienes lo han precedido en la exploración de las tierras del pasado.

Desgraciadamente la historiografía mexicana no tiene aún a su disposición prácticamente ningún diccionario biográfico confiable para seguirles la pista a los personajes de importancia regional que aparecen en los documentos que vaya a consultar. Tampoco cuenta con manuales que aclaren la terminología usada en los siglos anteriores por burócratas y clérigos, notarios y jueces teniendo los investigadores que recurrir a los elaborados en España, que no siempre responden a sus preguntas. Mejor no hablar de catálogos o inventarios de los archivos estatales y locales que brillan por su casi total inexistencia. Las colecciones de documentos que agilizarían las investigaciones, aunque están en crecimiento, son aún insuficientes. Los historiadores regionales tampoco tienen muchas guías que les permitan orientarse en la maraña de una frondosa bibliografía histórica cuya revisión exige mucho tiempo para apartar el grano de la paja, ya que los estudiosos del siglo XIX escribieron por lo general teniendo en mente objetivos muy distintos a los actuales, y despreocupadamente mezclaron el dato de archivo con la leyenda sin mencionar sus fuentes. De tal forma que hoy en día sus libros si no son manejados con cautela en vez de ayudar pueden conducir por pistas falsas.

Afortunadamente se han producido algunos esfuerzos coordinados y sostenidos más allá de los cambios sexenales para remediar en algo esta situación. El más ambicioso de ellos es sin duda el proyecto de historia regional del Instituto Mora que está publicando para cada estado de la república mexicana una bibliografía comentada, una colección de textos, y una síntesis histórica que cubren generalmente desde fines de la colonia hasta la revolución mexicana. Todo el que quiera iniciar investigaciones sobre historia regional en el México moderno recurrirá

seguramente a estos libros, que también serán útiles obras de consulta para los estudiosos más experimentados.

Provistos de estas guías —si tenemos la fortuna de trabajar sobre el siglo XIX y si no, pues, aguzando nuestro sentido de la orientación— hay que escoger ahora por qué senda adentrarse de entre las muchas que surgen a nuestro encuentro, sabiendo que si bien a veces divergen y conducen a diferentes destinos —las hay que llevan derecho a los puestos públicos, algunas terminan en callejones sin salida—, otras son vías alternativas que se entrecruzan repetidas veces.

Un primer sendero que se ofrece al caminante es el de la historia regional como historia total. Un marco espacial reducido como un pueblo, una ciudad, una región se prestan especialmente para estudiar a la sociedad como un todo poniendo en evidencia las múltiples relaciones familiares, lingüísticas, geográficas, económicas, políticas, afectivas, rituales, simbólicas y mentales que conforman el tejido social en el que los hombres se forman y sobre el que actúan. No se trata en este tipo de historia de querer arbitrariamente abarcarlo todo, de empezar estudiando las condiciones geográficas, seguir con la demografía y así sucesivamente hasta culminar con las mentalidades, clasificando los fenómenos en categorías o capítulos estancos. La totalidad que maneja esta historia regional no es ni la simple suma de sus partes, ni la reducción del conjunto social a una de sus partes, declarada la determinante en última instancia. Tampoco es la totalidad orgánica que postuló Durkheim, ese ente teleológico que por encima de los hombres coordina sus acciones, les imprime dirección y moldea sus conciencias a su imagen y semejanza.⁵

⁵ Émile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal editor, 1982, pp. 408-414.

No, no es ninguna de estos conceptos, se trata tan sólo de aquella noción de totalidad que tiene su origen en una constatación bastante elemental, que nace de nuestras vivencias cotidianas. El ser humano de carne y hueso además de trabajar, forma parte de una familia, corteja —o se hace cortejar en el caso de las mujeres—, se casa, educa a los hijos, concurre a la iglesia, participa en las luchas políticas, asiste a las fiestas, duerme y sueña, y finalmente se enfrenta a la muerte. Este hombre que participa de todos estos ámbitos sociales, que realiza actividades tan diversas es siempre el mismo aunque economistas, antropólogos, sociólogos, politólogos y sicólogos quieran verlo con teorías y métodos encontrados. La totalidad que manejan los historiadores regionales es aquella que tiene su origen en la "unidad de la conciencia humana"⁶, en el reconocimiento de que los hombres no actúan mecánicamente, sino de acuerdo a fines y valores. Para decirlo con las palabras provocativas de Marc Bloch, en este sendero se avanza a sabiendas de que "todo fenómeno histórico es un fenómeno psicológico"⁷, y que por lo tanto no hay nada en la historia digno de ser estudiado que no haya radicado en algún momento en la conciencia de los hombres.

De esta noción de totalidad se desprende la regla tan trivial de que ningún hecho social puede ser comprendido fuera del contexto en que se origina. Pero a su vez implica que un fenómeno particular puede manifestar la totalidad social. Los historiadores no son los únicos en afirmar esto. Los antropólogos, enfrentados constantemente al problema de hacer convivir en sus estudios teorías altamente abstractas con los triviales hechos de la vida cotidiana han forjado el concepto de

⁶ Sobre esta noción de totalidad véase Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1979, pp. 112-121.

⁷ *Ibíd.*, p. 148.

"fenómeno social total"⁸, para dar cuenta de este entrecruzamiento de todos los ámbitos sociales en un "fenómeno" preciso y limitado, como puede ser el "don"⁹ o la prohibición del incesto.¹⁰ Los filósofos de la fenomenología han fincado su método de análisis en ello y a partir de la descripción de un fenómeno particular pasan a preguntarse "¿Cuál es la estructura del mundo que hace posible la existencia del fenómeno descrito?".¹¹ La sabiduría popular expresa esta idea en el refrán que dice: "Quien agarra el hilo, saca el ovillo".

El destejer realidades sociales tirando para un cabo para luego con los hilos tejer libros de historia ha sido un arte que varios historiadores y antropólogos han manejado con destreza. Lucien Febvre interrogándose sobre las creencias religiosas de Rabelais nos brindó en su libro: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*,¹² una de las visiones de conjunto más logradas sobre "lo mental" en el renacimiento. Emmanuel Le Roy Ladurie estudiando para la región del Languedoc los libros del catastro (¿existirán documentos de archivo que a priori resulten tan aburridos como esos?) logró escribir una apasionante historia de los campesinos de la región desde mediados del siglo XV hasta principios del XVIII.¹³ Por las páginas de este libro hacen su aparición las caídas y recuperaciones demográficas, las alzas y descensos de precios, las contracciones y recuperaciones de salarios y rentas, pero también

⁸ Marcel Mauss, "Essai sur le don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques", *Sociologie et anthropologie*, Paris, Presses Universitaires de France, 1968, pp. 147-149.

⁹ *Ibid.*, pp. 145-279.

¹⁰ Claude Lévi Strauss, *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1969, pp. 35-59.

¹¹ Véase un ejemplo del uso de este método aplicado al estudio de la conciencia humana en Jean-Paul Sartre, *L'imaginaire. Psychologie phénoménologique de l'imagination*, Paris, Ed. Gallimard, 1940, pp. 227-239.

¹² Lucien Febvre, *Le problème de l'incroyance au 16e. siècle. La religion de Rabelais*, Paris, Albin Michel (L'Évolution de l'Humanité), 1968.

¹³ Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc*, Paris, Flammarion, 1969.

formas originales de solidaridad familiar como las "hermandades" ("frérèches"), transformaciones culturales como los progresos de la alfabetización y la Reforma protestante, y revueltas campesinas y guerras de religión. Así lo que empezó siendo una aproximación económica a la historia de la propiedad rural desemboca en lo social y en lo religioso.

El camino inverso también existe. José Lameiras puede atestiguar de él. Intrigado, como antropólogo, por la permanencia de la identidad indígena de un sector de la población de Tuxpan, Jalisco que sin embargo había abandonado el uso de su lengua nativa —el náhuatl—, fue interesándose por los cambios sociales que había sufrido el pueblo en el pasado. Poco a poco fue recogiendo información sobre la industrialización de la región, la Cristiada y la Revolución, la llegada de los ferrocarriles a Tuxpan, las haciendas, la arriería, etcétera, hasta brindarnos en su libro *El Tuxpan de Jalisco. Una identidad danzante*,¹⁴ una panorámica de la región de Tuxpan desde los tiempos remotos a nuestros días centrada en las transformaciones económicas y sociales.

Otras veces el ovillo parece infinito. Jean Meyer se topó, en sus investigaciones sobre movimientos campesinos, con Manuel Lozada, guerrillero del actual estado de Nayarit, que luchó por devolver a los pueblos indios sus tierras. ¿Pero acaso un caudillo como éste y un movimiento agrario como el que encabezó pueden comprenderse haciendo caso omiso de los cambios de la propiedad en la región, de las redes de poder locales, del problema de la identidad india? Para colmo Lozada vivió en una época sumamente agitada, marcada por la guerra de Reforma, la intervención francesa y la república restaurada, y supo sacar provecho con asombrosa habilidad de estos enfrentamientos políticos e internacionales, y de la

¹⁴ México, El Colegio de Michoacán, 1990.

rivalidad entre Tepic y Guadalajara para alcanzar sus fines. Esto hace su estudio aún más complejo. Tirando por todos estos hilos de investigación Jean Meyer, ya nos ha ofrecido múltiples artículos y conferencias, varios tomos de documentos y un libro de aproximaciones a Lozada y su región;¹⁵ pero no ha llegado aún al final del camino. La historia total también puede ser una historia sin fin.

Ante esta historia de amplios horizontes, cronológicos y/o temáticos, en la que apenas alcanzada la cordillera que se vislumbraba al final del horizonte, surgen otras que invitan a explorarlas, más de un historiador regional ha preferido otro acercamiento: El de la historia regional como laboratorio. Esta historia es ambiciosa de otra manera y sus fines son otros. Busca acercarse a lo general a partir de lo particular, se esfuerza por arrojar una nueva luz sobre lo nacional a partir de lo local. Así ante ciertos problemas históricos cuya resolución a nivel nacional ha resultado poco satisfactoria, se propone replantearlos a un nivel regional, esperando que ahí las relaciones entre ámbitos diversos, la secuencia precisa de los hechos, las intenciones de los actores sociales y sus motivaciones aparezcan con mayor claridad. Permítaseme un ejemplo para aclarar esto: ¿qué fenómeno más oscuro, más difícil de comprender que el ascenso del nazismo en Alemania? Sin duda brillantes historiadores han destacado entre sus causas el resentimiento de los alemanes por su derrota en la primera guerra mundial y por las condiciones impuestas por los vencedores, la crisis económica del 29 y la radicalización del movimiento obrero. Pero incluso tomando en cuenta estos factores resulta difícil imaginarse cómo amplísimos sectores de la sociedad se volvieron fascistas y llevaron a Hitler al poder mediante

¹⁵ Jean Meyer, "El ocaso de Lozada", *Historia Mexicana*, 72, Abril-junio 1969, pp. 535-568; *Problemas campesinos y revueltas agrarias (1821-1910)*, México, SepSetentas, 1973, pp. 103-115; *Colección de documentos para la historia de Nayarit*, 5 vols., México, Universidad de Guadalajara / Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1989-1990; *Esperando a Lozada*, México, El Colegio de Michoacán / CONACYT, 1984.

elecciones. Ante esta pregunta de ¿cómo fue aquello posible? un historiador norteamericano, William Sheridan Allen, tuvo la idea de estudiar en su obra *The Nazi Seizure of Power*¹⁶ cómo se había desarrollado este proceso en un pequeño pueblo de 10 000 habitantes de Baja Sajonia, llamado Northeim, que fungía como capital administrativa y centro comercial, y en el que radicaban sobre todo funcionarios, comerciantes y ferrocarrileros. La vida social en este pueblo se basaba en un complejo tejido de asociaciones: clubs deportivos, económicos, profesionales, patrióticos, de antiguos combatientes, musicales y de amigos. Sin embargo estas densas redes de sociabilidad estaban perfectamente diferenciadas por clases sociales. Funcionarios y ferrocarrileros, a pesar de lo pequeño del pueblo, se movían en universos totalmente distintos. Fue esta polarización social la que hizo posible la labor destructiva de los nazis. El libro no sólo nos hace revivir angustiosamente el lento avance de los partidarios de Hitler que se fueron haciendo del control de todas las agrupaciones civiles, desde las patrióticas hasta el coro del templo luterano, sino que además invita a sus lectores a reconsiderar varias de las causas que se han avanzado para explicar este fenómeno: La crisis del 29 no afectó económicamente a las clases medias y altas del pueblo que fueron las que se transformaron al nazismo —sus cuentas de ahorro se incrementaron en esas fechas. Pero el impacto psicológico que tuvo sobre ellas el ver a las masas de desocupados que de toda la región acudían una vez al mes al pueblo a cobrar su seguro de desempleo fue grandísimo. Para las clases pudientes de Northeim, la crisis económica fue antes que nada "un fenómeno psicológico". El derrotismo de los socialdemócratas que esperaron inútilmente que llegara alguna orden de sus líderes nacionales para enfrentarse con todos los medios

¹⁶ Utilicé la traducción al francés de esta obra, *Une petite ville nazie (1930-1935)*, Paris, Robert Laffont, 1967.

legales y extralegales al avance de la derecha resultó fatal ya que eran el único grupo organizado de la sociedad civil que contaba con armas. Sorprendentemente los comunistas, supuestos revolucionarios, no las tenían. En el marco reducido del pueblo, ciertas responsabilidades individuales aparecen con gran nitidez: El librero del pueblo, hombre idealista, de amplia cultura, admirado y respetado por todos los vecinos, facilitó, por su decidido apoyo a los nacional-socialistas, la aceptación de estos por parte de las clases más altas que en un principio desconfiaban de unos plebeyos ambiciosos y violentos.

El libro de William Sheridan Allen por otra parte hace evidente una regla fundamental necesaria al éxito de este uso de la región como laboratorio para estudiar fenómenos de amplitud nacional. La región o el pueblo escogidos más que ser estadísticamente representativos de la realidad nacional, deben poseer, por el contrario, ciertos rasgos fuertemente acentuados para que el fenómeno que se desea analizar se haya producido con la mayor fuerza y nitidez posibles. Así, mientras en el conjunto de Alemania, el Partido Nacional Socialista obtuvo algo más del 40% de los votos en las elecciones de 1932, en Northeim ganó con el 62%. Tal circunstancia favoreció sobremanera el estudio del ascenso del partido de Hitler en dicha localidad. El caso extremo particular resulta, pues, el mejor terreno para el análisis de un fenómeno general.

Por estas razones varios estudios de historia regional que en México se han interesado por las formas atípicas de algunos procesos sociales han abierto novedosas perspectivas de análisis a un nivel más general. Todos sabemos que a partir de la invasión española los pueblos indios fueron perdiendo sus tierras y que en el siglo XIX este despojo se aceleró en forma dramática. Por lo general tendemos a pensar que la desintegración territorial de estos pueblos fue más rápida cuando

estaban cerca de los grandes centros urbanos, y que en cambio las comunidades ubicadas en las zonas montañosas y apartadas del país defendieron con mejor éxito sus bienes. El libro de Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*,¹⁷ nos obliga a replantear esta creencia tan generalizada. En él descubrimos que las parcialidades indias vecinas a la ciudad de México —San Juan Tenochtitlan y Santiago Tlatelolco— llegaron a fines del periodo colonial conservando gran parte de sus tierras. A pesar de que primero en 1812 y luego en 1820 se decretó el reparto de las propiedades de estas parcialidades, en los hechos siguieron todavía varias décadas gozando colectivamente del usufructo de estas. Mientras se procedía a solucionar el complejo problema de cómo llevar a cabo el reparto de estos bienes que habían sido manejados en forma comunal, los gobiernos nacionales encargaron a diversos administradores que velaran por ellos. Estos continuaron con la tradición de utilizar las ganancias provenientes del arrendamiento de las tierras para financiar las fiestas de los pueblos, pagar a los maestros y ayudar a los más desvalidos. Uno de estos administradores, Luis Velázquez de la Cadena, quien tuvo a su cargo los bienes de las parcialidades de 1835 a 1849, desempeñó con tal eficiencia su tarea que logró incluso recuperar varias tierras que habían sido arrebatadas por medios poco legales a las parcialidades. La misma cercanía de los pueblos al centro de las decisiones políticas y jurídicas, les permitió estar al tanto de los medios legales para defender sus bienes y seguir de más cerca los pleitos que entablaban contra quienes querían despojarlos de ellos. El libro de Andrés Lira cobra además hoy en día un nuevo interés. La manera en que unas formas de organización de la propiedad subsisten medio siglo después de haber sido borradas del mundo legal, debería hacer

¹⁷ México, El Colegio de México / El Colegio de Michoacán / CONACYT, 1983.

reflexionar a todos aquellos que, temerosos o esperanzados, piensan que las reformas del artículo 27 constitucional van a acabar de la noche a la mañana con el ejido y sus mecanismos de control político. El problema de cómo repartir las tierras ejidales cuyos linderos son por lo general objeto de violentas disputas y en las que reina una gran confusión sobre los respectivos derechos de los usufructuarios, va a requerir de largos años, de interminables juicios legales y de peligrosos conflictos locales. La historia regional da pie, mucho más a menudo de lo que se cree, para pensar el futuro inmediato.

Otro ejemplo de estudio de casos atípicos que resultan sumamente reveladores de realidades más amplias son los dos libros de Ignacio del Río, *A la diestra mano de las Indias y Conquista. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*¹⁸ y *Aculturación en la California Jesuítica, 1697-1768*¹⁹, y el de Jan de Vos, *La Paz de Dios y del Rey. La conquista de la selva lacandona*.²⁰ Estas obras nos narran dos conquistas españolas hechas a destiempo, a fines del siglo XVII. Guardan sin duda poco parecido con la aventura de Hernán Cortés y sus huestes. Sin embargo, estas conquistas, tantas veces planeadas, tantas veces pospuestas, amplifican hasta el exceso ciertos rasgos de aquella que sometió a México-Tenochtitlan, a sus súbditos y a sus enemigos. El ejemplo de Baja California nos muestra que sin una adecuada dosificación de tres elementos fundamentales, espíritu de lucro, apoyo político y la búsqueda de la Utopía o el Dorado, ninguna aventura militar podía prosperar. El papel que desempeñaron los religiosos en las entradas a la selva lacandona y en la colonización de Baja California pone en evidencia las contradicciones y las ambigüedades de la Iglesia: Defensora de los

¹⁸ México, UNAM, 1990.

¹⁹ México, UNAM, 1984.

²⁰ México, FONAPAS Chiapas, 1980.

indios y al mismo tiempo instigadora de su sujeción por las armas. Finalmente el trágico destino de los pueblos conquistados da mucho para pensar: Tanto los indios de Baja California como los lacandones se extinguieron rápidamente después del "encontronazo" con los españoles. Pero en ninguno de los dos casos desaparecieron porque se les hubiese masacrado o porque hubiesen sido sometidos a una explotación inhumana y a unos trabajos forzados extenuantes. Fue suficiente con romper su organización social y desquiciar su mundo cultural. Bastó con volver sedentarios a los nómadas de la península y con sacar a los lacandones de su selva para condenarlos a la muerte. Estos dos ejemplos atípicos nos invitan a volver a pensar la brutal caída demográfica del siglo XVI novohispano. Sin duda las guerras, las epidemias, los trabajos forzados fueron responsables de la despoblación de la nueva colonia, pero otros factores, como los mencionados anteriormente desempeñaron seguramente un papel más importante del que se les suele reconocer.

Estos dos senderos —la historia regional como historia total y como laboratorio— son estrechos y empinados. Se tiene que cortar la maleza para transitar por ellos. A veces conducen a callejones sin salida y no hay más remedio que deshacer lo andado. En otros casos se internan por parajes desconocidos sin que tenga una seguridad alguna de en dónde desembocan.

El mal camino de la historia regional en cambio es ancho y llano. Los políticos y sus huestes animan y sostienen a los que por ellos se adentran. El destino al que conduce es enteramente previsible, aunque se pretenda que los pasos del investigador se dirigen a otro lado. Esta ruta es, claro está, aquella que toman quienes que con pretexto de estudiar la historia regional, pero no cualquier historia regional, sino tan sólo "la nuestra", la que es patrimonio exclusivo de "nosotros", la que defiende "nuestros auténticos valores" en contra de la invasión de los de afuera,

promueven la intolerancia y el odio. Me refiero pues a aquella "historia" que contribuye a persuadir al terrorista de ETA que coloca bombas en los supermercados de que pertenece a la única raza pura que queda en el mundo, a aquella que aviva los odios ancestrales entre pueblos vecinos —como por ejemplo entre serbios y croatas—, a aquella que se vale de Juana de Arco para promover la expulsión de los inmigrantes del territorio francés, a aquella que desentierra documentos para justificar "históricamente" reclamaciones territoriales contra el país o el estado vecino. Esta historia regional, que aborrece de las mezclas, de los intercambios culturales, que no tolera la competencia de las otras historiografías, a las que califica de cosmopolitas y malinchistas, y que no para en medios para defender su historia de bronce, no sólo cuenta con ardientes lectores, sino que desgraciadamente puede tener un gran futuro en un mundo en el que los odios étnicos, regionales y nacionales resurgen a una velocidad escalofriante.

El tercer sendero del que les iba a hablar lo dejé intencionalmente para el final, no sólo porque los historiadores mexicanos lo han recorrido raras veces, sino también porque fue concebido hace un siglo por Miguel de Unamuno precisamente para combatir a los que en su país andaban por el mal camino y decían querer preservar lo auténtico, lo puro, lo "castizo". Esta brecha, la más mal desbrozada, es la de la intrahistoria.

La vida intrahistórica, dijo Unamuno, es aquella "vida silenciosa de millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como las madrêporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto, decía, se

apoya y vive el sonido: sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia."²¹

Son varias las vías que los historiadores han ensayado para acercarse a esta vida intrahistórica: la historia social, la etnohistoria, la historia de la vida cotidiana, la historia de las mentalidades, la antropología histórica, etcétera. Pero no hay duda de que la historia regional tiene también mucho que aportar a este estudio.

Un marco de análisis local o regional permite captar mejor las ricas y complejas relaciones humanas que constituyen el tejido de la intrahistoria. Los archivos locales y regionales —civiles, judiciales y eclesiásticos— abundan en huellas de estos hombres anónimos, que por debajo de las locas y peligrosas aventuras de grandes hombres y cohortes de ambiciosos seguidores, son los que garantizan no sólo el trabajo indispensable a la supervivencia de la sociedad en su conjunto, sino también su continuidad cultural. Los hombres sin historia son aquellos que durante milenios han transmitido y han aumentado los secretos necesarios para enfrentar la vida y apaciguar las fuerzas sobrenaturales. Aun hoy en día ni la escuela ni la televisión, afortunadamente, han logrado despojarlos totalmente de su capacidad para encaminar la vida y las creencias de las futuras generaciones. Ellos son los portadores de la tradición eterna, los que tomándola del pasado la entregan enriquecida y transformada al futuro.

En el caso de México, decíamos, son escasísimos los estudios históricos que se ocupan de su intrahistoria. Para Chiapas tenemos la suerte de contar con el libro de inminente aparición de Dolores Aramoni, *Los refugios de lo sagrado*²², que a partir de los juicios efectuados a indios zoques acusados de brujos e idólatras por la

²¹ Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1943, p. 28.

²² México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, En prensa.

iglesia colonial, reconstruye el sinuoso camino de sus creencias cosmológicas ligadas a la vida agrícola, desde los tiempos prehispánicos hasta el ritual de la fiesta de la Virgen de Copoya. Su libro demuestra así que el rescate de por lo menos algunas partes de esta vida silenciosa es posible.

Los paisajes que pueden pintarse siguiendo esta brecha son infinitos. Quienes acepten adentrarse en los papeles que guardan los pleitos locales, los asuntos de poca importancia y los chismes aldeanos descubrirán a los hombres que luchan día tras día por sobrevivir sin perder la dignidad, que se enorgullecen de su campo bien cultivado, de su artesanía hermosamente acabada, de sus guisos sabrosamente sazonados. Se sorprenderán de las generosas y tensas redes de ayuda mutua y de solidaridad que tejen con parientes, amigos y vecinos, y aun más de las grandes leyes de la hospitalidad con el extranjero que se han impuesto. (Recuerden aquella que practican los esquimales cuando, para salvar la vida de los que rescatan de los hielos, les ofrecen sus mujeres para que recuperen el calor vital). Disfrutarán de la compañía de aquellos que se apretujan en el mercado o en la fiesta por el simple gusto de estar juntos. Las resistencias de estos hombres por escapar al control del Estado y sus esfuerzos por multiplicar los cargos internos para evitar la concentración del poder no dejarán de hacerles reflexionar sobre nuestro presente. Las tragedias de aquellos que se dejan embaucar para servir de carne de cañón en las guerras propias y ajenas, y que sucumben presas del fanatismo religioso, étnico o nacionalista los inquietarán sobremanera. Podrán contrastar los gestos de amor del pasado, codificados por la sociedad, pero reinventados por cada pareja, con los propios. Los rituales y las creencias que permitían abrirse a los misterios de la vida y enfrentarse a la muerte le harán descubrir la indefensión actual de nuestra sociedad ante el inevitable destino.

A la ruidosa tradición acomodaticia e intolerante de los que luchan por una tajada más grande de poder, y que está basada en hechos contingentes, cuando no inventados, Unamuno oponía la tradición eterna que vive en el silencio de la intrahistoria.²³ En ella se descubre que lo más auténtico de un pueblo es siempre lo que lo asemeja más a otros pueblos: el esfuerzo de sus hombres que sabiéndose responsables del orden cósmico, con la ayuda de la cultura que les ha sido legada por los mayores, se enfrentan a la eterna condición humana, abriendo camino.

²³ Miguel de Unamuno, *Op. cit.*, pp. 31-37.r